

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

**PRIMERA CONSIDERACIÓN.**—María salva á los que la sirven.

**SEGUNDA CONSIDERACIÓN.**—María socorre á aquellos de sus siervos que están en el Purgatorio.

**TERCERA CONSIDERACIÓN.**—María hace entrar en el paraíso á los que la han servido.

*Salvum fac filium ancillæ tuæ.*  
Salva al hijo de tu sierva.

(Ps. cxv, 18.)

Es imposible, M. A. H., que un siervo de María que guarde fielmente su culto y se encomiende á ella, se pierda jamás. Esta proposición parecerá acaso aventurada; pero yo quiero que, antes de darla esta calificación, se escuchen las razones que hay en su apoyo. Al decir que un siervo de María no se perderá jamás, no incluimos en este número á esos falsos servidores que sólo buscan en su devoción hipócrita pretextos para pecar más tranquilamente, proporcionando así á nuestros adversarios especiosos argumentos para rechazar la clemencia de María, que, según ellos, sirve sólo para alentar á los pecadores. Estos, por su presunción, no merecen más que castigo en lugar de misericordia. Los siervos de que queremos hablar son, por el contrario, esos servidores fieles, en los cuales las prácticas del culto y las invocaciones á María van siempre acompañadas del firme propósito de la enmienda. Estos, decimos, pueden tener una certeza moral de que han de salvarse. Esta es la opinión del P. Crasset, en su libro *De la devoción á la Santísima Virgen* (t. I, q. 7); y, antes de él, Vega, Mendoza y otros muchos teólogos habían afirmado lo mismo. Los Santos y los Doctores de la Iglesia han sido también de esta opinión, lo cual vamos á probar con sus mismas palabras. Perdónesenos el haber reunido aquí muchas opiniones que están en completo acuerdo, porque á ello nos guía sólo la idea de que puede ser de alguna utilidad el hacer ver tan claramente que cuantos autores han tratado de esta materia, lejos de disentir, han opinado del mismo modo.

## PRIMERA CONSIDERACIÓN.

MARÍA SALVA Á LOS QUE LA SIRVEN.

Si, como afirma San Anselmo, es imposible llegar al Cielo sin la protección de María, también es imposible condenarse encomendándose á ella de veras y granjeándose su amor. San Antonino confirma esta doctrina, diciendo: «Así como no es posible que aquellos en quienes María no haya fijado los ojos de su misericordia lleguen á salvarse, así también es imposible que se condenen aquellos que hayan merecido su protección.» Luego este santo autor cree, como de aquí se deduce, que los siervos de María han de salvarse necesariamente.

Pijemos de paso la atención en la primera parte de la proposición de estos dos Santos, y que tiemblen los que descuidan ó desprecian la devoción de María, porque es imposible salvarse sin ser protegidos por ella. Alberto el Magno, y otros muchos autores también han dicho: «Todos los que no son vuestros siervos ¡oh María! están destinados á perecer.» San Buenaventura dice: «El que se olvidare de María morirá en el pecado.» Y en otro lugar: «El que no os invoca ¡oh divina Madre! no entrará en el Paraíso.» El mismo Santo añade también, en su *Comentario* al Salmo XCIX, que no sólo se salvará aquel á quien protege María, sino que no hay esperanza de salvación para aquellos de quienes aparta sus ojos. San Ignacio había expresado ya el mismo pensamiento, diciendo que un pecador no puede salvarse sino por medio de María, y que la intercesión de la Santísima Virgen arranca de la condenación hasta á los que están destinados á ella por la divina justicia. Algunos han querido negar que estas palabras fuesen de San Ignacio; pero el padre Crasset dice que San Juan Crisóstomo se las atribuye (*in Deprec. ad Virg.*), y el abate de Celles las reproduce también como tales (*in Compl. Virg.*, c. 5). Este es asimismo el pensamiento de la Iglesia cuando aplica á María este pasaje de los Proverbios: «Todos los que me hacen traición aman la muerte.» En efecto, dice Ricardo de San Lorenzo, al hablar de este otro pasaje: *Facta est quasi navis institoris* (Prov., xxxi.): «Todos los que están fuera de esta nave misteriosa serán ahogados en el mar del mundo.»

Hasta el hereje Ecolampadio miraba como un signo de reprobación la poca devoción á la Virgen, y decía: «No permita Dios que jamás pueda decirse de mí que he sido tibio en la devoción de María, porque esta tibieza es una señal segura de reprobación.»

Por otra parte, María misma nos dice: «El que viene á mí y recoge mis palabras, no perecerá.» Por eso San Buenaventura exclamaba

dirigiéndose á ella : « ¡Oh María! el que os sirve con ardor no se condenará. » Y San Hilario añade que no se condenará, sea cual fuere el número de sus faltas para con Dios.

Hé aquí, M. A. H., por qué el demonio pone tanto ahinco cuando ve á un pecador separado de la gracia, en alejarle también de la devoción de María. Sara, temiendo por Isaac la perniciosa influencia de Ismaél, se dirigió á Abraham y le dijo : « Arrójale á él y á su madre. » No se contentaba con que el hijo saliese, sinó que su madre debía también seguirle, porque juzgaba, y con razón, que quedando ésta, las visitas que por necesidad vendría él á hacerle, serían como una nueva permanencia en la casa de Abraham. Del mismo modo piensa el enemigo, y no se contenta con que un pecador pierda la gracia si conserva la devoción de María, porque teme que esta Madre vuelva á ella á su hijo intercediendo por él. Temor muy fundado, dice el docto Pacciucchelli, porque el que se muestra fiel en honrar á la Madre de Dios, volverá á la gracia por la intercesión de María. De aquí ha deducido San Ephrem que la devoción de la Santísima Virgen es el salvoconducto para evitar el infierno. El mismo Santo da también á nuestra divina Madre el nombre de Protectora de los réprobos, y este nombre es muy exacto, siendo así que á María, como es indudable y San Bernardo asegura, no puede faltarle ni poder ni voluntad de salvarnos. Tiene bastante poder, porque sus súplicas, dice San Antonino, no pueden dejar de ser escuchadas; y San Bernardo dice también que sus ruegos no pueden ser inútiles, y que con ellos alcanza todo cuanto desea. Tiene voluntad, porque es nuestra Madre y se interesa en nuestra salvación más aún que nosotros mismos. Luego si la expresión de San Ephrem es justa y verdadera, ¿cómo se ha de condenar un siervo de María? Si es pecador, encomendándose á la Virgen con un firme propósito de enmendarse y perseverar en el bien, ella le alcanzará la luz para que salga de las tinieblas en que está sumido, le dará el arrepentimiento de sus culpas, el dón de la perseverancia y al fin una buena muerte. ¿Dónde está la madre que, pudiendo con sus súplicas librar á su hijo de la muerte, no vaya al punto á arrojarle á los pies del juez? ¿Y podemos imaginar siquiera que María, esa Madre tan tierna y amorosa para los que de veras la sirven, pudiendo arrancar tan fácilmente de la muerte eterna al hijo que ama, lo deje morir para siempre?

Demos gracias al Señor, A. H. M., si llegamos á descubrir en nuestros corazones que nos ha dado el amor y la confianza en la Reina de los Angeles ; porque Dios, dice San Juan Damasceno, no concede esta gracia sinó á aquellos que quiere salvar. Hé aquí los términos en que este santo autor reanima en sí mismo la confianza en María : « ¡Oh Madre de Dios, le dice, si pongo en ti mi confianza, seré salvo ; si consigo tu protección, nada tengo que temer ; si soy del número de tus siervos, cuento con armas seguras para vencer al enemigo de la salvación, porque Dios no concede esta gracia sinó á sus elegidos. » (*Serm. de N. B. V.*). Esto es lo que hacía exclamar á

Erasmo, dirigiéndose á la Virgen : « Salve ¡oh terror del infierno, esperanza de los cristianos, puerto seguro de salvación! »

Es un motivo de despecho para el demonio el ver un alma que persevera en la devoción de María. En las obras del P. Alvarez, religioso muy devoto de la Virgen, se lee que un día, estando en oración, se sintió asaltado por tentaciones de impureza, y oyó que le decía el demonio : « Renuncia á la devoción de María y dejaré de tentarte. »

Blosio refiere que el Señor dijo á Santa Catalina de Sena en una revelación, que había concedido á María, por consideración á su Hijo único, la gracia de poder arrancar del infierno el alma de todo pecador que se encomendase á ella devotamente.

Hasta el mismo Profeta David pedía salvarse por el celo que había tenido en honrar á María : « Señor, exclamaba, yo he amado la belleza de tu habitación, no permitas que perezca con los impíos. » Es así que María es la habitación que eligió Dios al hacerse hombre, según estas palabras de los Proverbios : « La Sabiduría se erigió una habitación, » luego María era honrada simbólicamente por el Profeta. San Ignacio decía también : « No perecerá el que ponga su esperanza en María y permanezca fiel á su culto ; » y San Buenaventura, abundando en los mismos sentimientos, dijo : « Vuestros siervos gozan de una paz profunda en esta vida y no verán la muerte en la otra. » No hay ni se dará ejemplo de que un siervo de María, humilde y fiel á su culto, se pierda para la eternidad.

¡Ah! ¡cuántos pecadores hubieran muerto en la impenitencia final, si María no se hubiera interpuesto entre ellos y Dios! Muchos teólogos, y entre ellos Santo Tomás, opinan que María ha conseguido de Dios muchas veces que suspendiera su justicia, dispuesta ya á herir algunas almas, que habían dejado el mundo en pecado mortal, y que les permitiese volver de nuevo á la vida terrenal para hacer penitencia. Esta doctrina está apoyada en muchos hechos importantes ; pero que, sin embargo, no deben servir de pretexto á los pecadores para abandonarse más libremente á su mala vida, con la esperanza de que, si mueren en pecado mortal, María ha de intervenir para salvarlos. Tal confianza, ó por mejor decir, tan temeraria presunción se asemejaría mucho á la conducta de un hombre que, sabiendo que María había salvado algunas veces de un precipicio á los que caían en él, fuese á arrojarle por su voluntad, á ver si se repetía el milagro. Los ejemplos, que pueden citarse, sólo deben servir para fortalecer más y más en nosotros la devoción á María, y hacernos comprender que, si la Virgen ha podido arrancar del infierno á los que en él habían ya caído, debe hacer muchísimo más en favor de aquellos que la hayan servido y honrado con sincera fe durante su vida en la tierra.

Digámosla, pues, con San Germán : « Que sea de nosotros lo que deba ser ; pero hemos pecado y queremos corregirnos, para lo cual recurrimos á Vos, que sois la vida de los cristianos. » Aquel por quien María haya rogado una sola vez, no se condenará. Rogad, Señora, por nosotros, y nos libraremos del infierno. « ¿Cómo no ha de serme

favorable el Juez, cuando me presente en el Tribunal soberano, dice Ricardo de San Víctor, si tengo por defensora de mi causa á la Madre de Misericordia?» El bienaventurado H. Suzon dice: «Yo pongo mi alma en manos de María, para que, si el Juez ha de condenarme, llegue á mí la sentencia por medio de la Virgen;» y ésto era porque esperaba que, pasando por las manos de la que es toda misericordia, la ejecución no llegaría á verificarse. Eso mismo os digo yo, ¡oh Soberana mía! y eso mismo espero de vuestra inagotable clemencia, repitiéndooos sin cesar con San Buenaventura: Yo he puesto en Vos toda mi esperanza, ¡oh poderosísima Reina! y no pereceré, pues confío en entrar algún día en el Cielo por vuestra mediación, y bendeciros y amaros por toda la eternidad.

¡Oh Madre mía muy amada! ¿En qué abismo de males no me vería yo hoy sumergido, si no me hubiese preservado vuestra mano? ¡Cuánto tiempo hace que pertenecería al infierno si Vos no me hubieseis arrancado de él! Mis culpas me empujaban hacia sus puertas; la divina justicia me condenaba á sufrir sus horrores, y ya los demonios se agitaban á mi alrededor, regocijándose de antemano con la sentencia; pero Vos acudisteis, sin necesidad de que yo os llamara, y me librasteis de la muerte eterna. ¡Oh mi amada Libertadora! ¿con qué os podré pagar tanto amor y tan insignes beneficios? Vos vencisteis la dureza de mi corazón, atrayéndome é inspirándome entera confianza en vuestra misericordia. ¿En qué abismo de males, repito, no me vería yo sumergido hoy, si vuestra mano poderosa no me hubiese apartado de los peligros en que tan próximo he estado á perecer? Continúa ¡oh Esperanza mía! salvándome de los riesgos que por todas partes me cercan, y no permitáis que yo vaya á aumentar el número de los que gimen en la mansión del dolor. Yo os amo ¡oh María! ¿Podrá consentir vuestra inmensa bondad que uno de vuestros siervos sucumba y caiga entre los condenados? No. Haced que en adelante no sea yo ingrato con Vos ni con vuestro Divino Hijo, que tantos favores me ha dispensado por vuestra causa. ¡Oh María! ¿Qué me respondéis? ¿Seré condenado? Lo sería si os abandonase; pero ¿cómo abandonaros, cómo olvidar nunca el amor que me habéis tenido? Vos sois cerca de Dios mi vida y mi alma; yo os amo y os amaré siempre á Vos sola, en el tiempo y en la eternidad, porque Vos sois, entre todas las criaturas, la más dulce, la más santa y la más amable!

## SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

MARÍA SOCORRE Á AQUELLOS DE SUS SIERVOS QUE ESTÁN EN EL PURGATORIO.

Harto felices son, M. A. H., los que sirven fielmente á esta buena Madre; porque su protección los acompaña, no sólo en la tierra, sino hasta en el purgatorio á donde les sigue para asistirlos y consolarlos.

Y como estas almas, abandonadas á sí mismas entre los tormentos que allí padecen, tienen todavía más necesidad de socorros que mientras existen en el mundo, María redobla entonces hacia ellas su bondad y misericordia. San Bernardino de Sena dice que la Virgen Santísima ejerce en este lugar de dolor, donde gimen en cautiverio las almas esposas de Jesucristo, un imperio tan grande, que puede consolarlas en sus sufrimientos y hasta ponerlas en libertad. La bienaventurada Virgen es Señora absoluta en el purgatorio.

En cuanto á consolar á las almas que allí padecen, el mismo autor prueba que María se ocupa en ello de una manera muy especial, y le aplica estas palabras: «He andado sobre las olas del mar,» visitando y aliviando á aquellos de mis hijos que expían las faltas de su vida. Porque las penas del purgatorio, dice el Santo, están representadas por las olas, porque son pasajeras como ellas, mientras que las del infierno no acaban nunca; y se las llama «olas del mar,» por ser también muy amargas. Luego si los siervos de María, que á ellas están sometidos, son visitados y aliviados por la Santísima Virgen con mucha frecuencia, es de gran importancia, dice con harta razón el Novarino, contarse en el número de estos siervos, porque no se ven olvidados por ella, si caen en las llamas del purgatorio; pues si bien la Señora acude á socorrer á todos los que sufren esta última prueba, concede, no obstante, una asistencia especial á los que han sido sus devotos.

Ella misma ha dicho en una revelación á Santa Brígida: «Yo soy la Madre de todas las almas del purgatorio, y las penas que allí sufren son sin cesar endulzadas por mi intercesión.» Esta Madre de misericordia no se desdeña de bajar frecuentemente á la prisión, donde se purifican las almas, para visitar y dar consuelo á sus hijas. «Yo he bajado hasta el fondo del abismo,» dice en los Proverbios; palabras que San Buenaventura comenta de este modo: «He bajado hasta el fondo del abismo, es decir, del purgatorio, para consolar con mi presencia á las almas que en él padecen.» María se interesa mucho por las almas del purgatorio, dice San Vicente Ferrer, porque por ella es por quien alcanzan su libertad. ¡Cuán buena y compasiva, añade el mismo Santo, es la Santísima Virgen con las almas del purgatorio, llevándoles sin cesar nuevos consuelos!

¿Y qué otro consuelo, sinó el de María, tienen en aquella triste mansión? Un día oyó Santa Brígida que Jesús decía á su Madre: «¡Oh Madre mía! Vos, Madre de misericordia, sois el consuelo de los que sufren en el purgatorio!» Y la misma Virgen reveló á la Santa que ni un enfermo, tristemente abandonado en el lecho del dolor, experimenta más placer cuando se le dirigen palabras de consuelo, que las almas del purgatorio sienten con sólo oír pronunciar su nombre. El solo nombre de María, nombre de esperanza y de salvación, que invocan en sus dolores aquellas almas, que son sus hijas, es para ellas un poderoso sostén y un dulcísimo consuelo. Al invocarlo, dice el Novarino, sus súplicas dirigidas á Dios son como un rocío abundante